

EL TRIUNFO DE LA VIDA (Pascua de Resurrección – abril 1987)

Queridos hermanos y hermanas:

La próxima Semana Santa nos lleva a recorrer con Jesús el doloroso camino de la Cruz. El fracaso, la afrenta, el sufrimiento, la soledad en medio de la pena, todo lo que nos identifica trágicamente como humanos, encuentra su expresión más acabada en la pasión de Cristo y su muerte de Cruz.

Pero el vencimiento de las situaciones difíciles, la superación de lo aparentemente imposible, con la inmensa alegría que esto conlleva, son también las características de toda empresa humana en sus aspectos más exaltantes. El escarpado camino del Calvario termina más allá de una tumba vacía con la resurrección de Jesucristo, que es su triunfo total y definitivo. Este es un combate en el cual Jesús no vence al enemigo, como sucede en nuestras guerras, matándolo: sino que, juzgada la muerte como enemiga de todos, es derrotada justamente con la vida: «¿Dónde está, muerte, tu victoria?».

Creer en Jesús es creer en la vida, en el triunfo de la vida sobre la muerte; es vivir afirmando que la última palabra es de la vida.

El cristiano, porque cree en la vida, trabaja para que en el mundo llegue a establecerse una *CIVILIZACIÓN DE LA VIDA*.

Hay muchos gérmenes de muerte que pueden infectar las mentalidades de los hombres y mujeres de fines de este siglo, de modo que nos acostumbremos insensiblemente a participar en la construcción de una *CIVILIZACIÓN DE MUERTE*.

La guerra, los medios violentos de responder a otras violencias sistematizadas; la familiaridad con la que nos referimos a cifras de millones de muertos por el hambre, el criterio cada vez más claramente expresado de que hay vidas que estorban: niños que, aunque hayan sido concebidos irresponsablemente, no deben nacer por su inoportunidad, o por cálculo económico o de mayor comodidad, o porque pueden presentar malformación congénita.

Los ancianos parece que sobran en muchos hogares y crece el número de casas para ancianos que no encuentran un sitio en las familias. Hay vidas que, en sus etapas finales, parecen inútiles. En algunos lugares, después de habernos ya acostumbrado a interrumpir violentamente el proceso de la vida antes del nacimiento, se comienza a hablar con claridad de la muerte planificada de las personas «inútiles».

No nos llamemos a error; no hay cultura de la vida porque se fabrique un niño-probeta o porque se practique inseminación artificial de la mujer que ansía tener un hijo. Una manipulación inconsiderada de la vida contiene siempre fuertes elementos de desprecio o banalización de la misma vida humana. Toda afirmación de la vida para sí mismo: más larga vida a todo precio con exclusión de las vidas «molestas» que interfieran o «limiten» mi vida, sean niños indeseados o ancianos inútiles, es una muestra de claro egoísmo. Si se acompaña esto de un aprecio por la vida que viene a enriquecer mi vida: el niño querido y planificado, las plantas, los bosques, los animales, mi perro... entonces la egolatría se revisa de una cínica crueldad.

Se crea así una mentalidad de vida disfrutada, gozada, como una propiedad privada.

No queda lugar para el heroísmo, para dar la vida por una causa noble, por amor a la Patria o por el servicio al prójimo. Curiosamente se cuida tanto la vida, que se destruyen los más altos valores de la existencia: el sacrificio, el olvido de sí mismo, la abnegación.

Es difícil que surjan así vocaciones para entregar la vida al servicio de los enfermos, de los ancianos, de la Sociedad o de la Iglesia.

El cristiano tiene un aprecio de la vida recibida como don y que se entrega en el amor. Somos los seguidores de Jesucristo que nos dice: «No hay amor mayor que aquel de DAR LA VIDA por los que amamos», «quien ama su propia vida la pierde y quien la entrega la gana para siempre».

Formemos a nuestros niños y jóvenes cristianos para una CULTURA y CIVILIZACIÓN DE LA VIDA; la vida recibida como regalo de Dios y entregada, como la de Cristo, por amor a todos.

En Semana Santa celebramos el triunfo de la vida entregada sobre la muerte injustamente inferida, o sea, el triunfo del Amor sobre el egoísmo y el odio. Esta es la Pascua de los cristianos.

Los felicito con la alegría de la Resurrección, y los bendigo muy especialmente en este tiempo de gracia.